

mal parada, cual puede esperarse de haberse encomendado su investigacion al mas temible de sus adversarios: el charlatanismo.

Hasta el verdadero talento, mayormente el que raya en genio, corre no escaso peligro de caer en este vicio. Llevado de la impetuosidad, que suele acompañarle, orgulloso con el sentimiento de su fuerza, precipitado por la misma facilidad que tiene en concebir, toma en manos los objetos, juguetea con ellos como con cosa baladí, y mas de una vez los desflora y los estropea. Pero dadle un momento de reposo, haced que algo concentrado pueda fijar sobre el objeto su mirada de lince, y entonces el objeto á sus ojos se vuelve cristalino, penetra su corazon, desenvuelve todas las sinuosidades, y señalando con mano certera el punto esencial, dice: *vedle, ahí está.*

Pero hagamos una rápida reseña de los principales ramos á que se aplica la palabra filosofía. ¿Qué es lo que se llama filosofía de la historia? Es el verdadero conocimiento de los hombres y de las cosas; es la ojeada penetrante sobre los acontecimientos en todo su enlace y trabazon, en todo el encadenamiento de los efectos y causas; es la concepcion intuitiva de los hechos parecida á la contemplacion de una escena en las tablas; es el sentimiento mismo de las pasiones que agitan á los hombres en los varios tiempos y países. Esto es la filosofía de la historia, porque así se ven los objetos tales como son y no de otra manera; porque no es una simple narracion de guerras, de batallas, de nacimientos y muertes de príncipes, es decir, es algo mas que una relacion descarnada que nada anima, nada pinta, á nada comunica vida y movimiento, haciendo que asistamos á las escenas históricas, no con el interés de apasionados espectadores, sino como curiosos frívolos que están examinando un museo de extrañezas y preciosidades.

¿Qué es la filosofía en literatura? ¿Es acaso ni el conocimiento ni la aplicacion de las reglas? No: es la razon de las mismas reglas, es el análisis combinado del entendi-

miento y del corazon, es el estudio de todo el hombre en sus relaciones con la expresion. ¿Y por qué este conocimiento se denomina filosofía en literatura, y no se apellidan así las reglas? Porque las reglas son nada sin la razon que las apoye, ó son vagas generalidades que no se llegan bastante de cerca á los objetos para que por medio de ellas se pueda descubrir qué es lo bueno ó lo malo.

Llamamos filósofo á un hombre que sabe dar á las cosas su verdadero valor, que nada desquicia ni exagera, que imponiendo silencio á sus pasiones, y rechazando el estímulo de los intereses, deslinda los objetos, aprecia sus diferencias, coteja sus semejanzas, clasificalo todo cual conviene, y lo deja en su verdadero lugar y punto de vista. Por la misma razon cuando hay un hombre desprendido que se desentiende de vaciedades, que se eleva sobre las preocupaciones que ciegan al comun de los hombres, obedeciendo nosotros á aquellas secretas convicciones que mas ó menos todos abrigamos de que en el mundo hay mucho de hueco y de vano, como para dar á entender que aquel hombre no estima las cosas en mas ni en menos de lo que son, le llamamos *afilosofado.*

Bastantes son estas breves indicaciones para dar á conocer lo que se entiende por *filosofía*: bastan para dar á conocer que no hay filosofía donde no hay mas que palabras, que no hay filosofía donde solo se encuentran pensamientos atrevidos ó imágenes brillantes; que solo hay filosofía donde hay verdad.

En este sentido y no en otro, procuraremos que nuestra *Revista* sea *filosófica.* — J. B.

## POLÉMICA RELIGIOSA.

Bajo este titulo publicaremos en esta *Revista* una série de trabajos que servir puedan á los defensores de la Religion en los combates que bajo diferentes aspectos y en dis-



tintas arenas, les aconteciere trabar contra los enemigos del catolicismo. Cuidando de que no sean inútiles á ninguna clase de personas, procuraremos no obstante que se adapten de una manera particular á la situacion en que se encuentra el clero: no solamente con respecto á las lamentables circunstancias de España, sino tambien por lo que toca al curso que en nuestro siglo llevan las ideas. No pretendemos dar lecciones al clero; este no las necesita de nosotros; es demasiado su saber y su erudicion, sobre todo en materias religiosas, para que nos sea dable presumir que podamos decirle algo de nuevo; pero sucede á menudo que hasta los hombres mas versados en una ciencia hallan cierto placer en recordar lo que no ignoran, y en asistir á los esfuerzos leales de personas que procuran exponer y confirmar verdades, que ellos por otra parte conocen á fondo. Quizás tambien podrá suceder de vez en cuando, que á ciertos eclesiásticos jóvenes, su poca edad ú otras circunstancias, no les hayan permitido ocuparse de la ciencia religiosa con toda la extension y bajo los particulares aspectos que reclama el empleo de las nuevas armas que blanden contra la Iglesia sus implacables enemigos; ¿por qué seria inoportuno el proporcionarles en breves páginas observaciones y noticias, que tal vez no podrian alcanzar sino á costa de mucho trabajo, y con la lectura de obras que la escasez de sus medios no les consentirá procurarse? Hé aquí nuestro plan. La abundancia de materias nos ha absorbido gran parte del presente número: así por hoy deberemos limitarnos no mas que á trazar algunos lineamientos en que se manifieste el sistema que nos proponemos seguir.

La Religion tiene diferentes especies de enemigos; seria difícil clasificarlos cual conviene, á no ser que les señalásemos dos puntos de reunion: el *error* y el *vicio*. Esto, si bien muy verdadero y exacto, fuera sin embargo demasiado general; y no mostraria á punto fijo cuáles son los lados de donde puede dimanar el ataque. El error versa sobre infinitos objetos; el vicio se ofrece bajo innumera-

bles formas. La verdad es una: para encontrarla hay un camino; quien se aparta de él, toma un sendero extraviado; y estos senderos no pueden reducirse á guarismo. La ley eterna es una; quien se desvia de lo que ella prescribe, entra en la carrera del mal, y esa carrera es ancha, espaciosa, se subdivide en un sinnúmero de veredas; en todas se marcha con placer y comodidad; toman las mas variadas direcciones, solo que al fin convergen y van á parar á un mismo punto: la eterna perdicion.

Será pues necesario señalar determinadamente las principales clases de los enemigos de la Religion, por las diferentes modificaciones con que se presenta el error y el vicio. Parécenos que estos son: los incrédulos, los indiferentes, los escépticos y los herejes. El hereje dice: «yo creo lo que quiero;» el escéptico: «no sé... dudo... qué sé yo;» el indiferente: «qué me importa;» el incrédulo: «no creo nada.»

El hereje pretende tener fe, pero la regla de esta fe es su razon ó su voluntad; no admite la autoridad que en estas materias debe decidir; ó comenta y explica la Biblia conforme le dictan sus luces naturales, y le persuade su imaginaria inspiracion privada, ó aplica á la Religion los sistemas filosóficos; en uno y otro caso, sujeta los dogmas á tribunal incompetente. Habla de fe, cuando esta no es concebible en no estribando en la autoridad; pondera la firmeza de sus creencias, cuando estas vacilan por sus cimientos y varian á cada paso; pretende atenerse á la palabra de Dios, profanada por el orgullo y la extravagancia; se obstina en guiarse por los dictámenes de una razon, flaca en extremo hasta para las cosas naturales, cuanto mas para comprender los inefables arcanos que el Altísimo en sus inescrutables designios ha cubierto con cien velos.

En los siglos anteriores al xviii, la Iglesia si bien tuvo que combatir con todo linaje de enemigos, vióse especialmente á luchar contra la herejía. Atacábanse á veces su divinidad y los fundamentos en que estriba su



verdad incontestable; pero lo mas frecuente era impugnar este ó aquel dogma, ó con argumentos sacados de la Sagrada Escritura, ó con raciocinios suministrados por el sofisma filosófico. Sabelio, Arrio, Macedonio, Pelagio, en los primeros siglos; Abelardo, Berengario y otros en los medios; Lutero, Calvino y los innumerables heresiarcas de los tiempos modernos, no negaron la divinidad del cristianismo, no miraron la Religion como cosa indiferente, no se pertrecharon en una duda general, no aplicaron á estas materias el pirronismo de ciertos filósofos; sino que enderezando sus tiros contra uno ó muchos dogmas, se esforzaban en probar que la Iglesia habia errado; y cuando esta les oponia su irrefragable autoridad, fundada en la Sagrada Escritura, apoyada en la tradicion, sancionada por los siglos, se deshacian de la dificultad de la manera que mas les cumplia, prosiguiendo en su carrera de obstinacion y de cavilaciones. Veianse de vez en cuando indiferentes, incrédulos, ó escépticos; pero generalmente hablando, no era este el cáncer de la sociedad; los hombres sin Religion y sin Dios eran todavía excepciones monstruosas.

Desde el siglo pasado, sucede muy de otra manera: la irreligion tiene abiertas sus cátedras; el indiferentismo es adoptado por muchos como un sistema cómodo para disfrutar de los placeres de la vida y ahogar los remordimientos; el escepticismo no se halla precisado á ocultarse bajo la enseña de esta ó aquella secta; dice abiertamente: «dudo de todo;» así como el incrédulo ataca siempre que le place lo mas augusto de la Religion; y el indiferente confiesa sin reparo que no se cura de saber si todo cuanto se habla y escribe sobre esas importantes materias es verdadero ó falso.

Cuando se defiende la Religion es necesario atender con mucho cuidado con qué clase de enemigos está trabada la lucha: porque bien claro es que han de ser muy diferentes los argumentos de que se eche mano, y aun los mismos se han de emplear de muy distinta manera, segun las ideas,

opiniones y errores de la persona que nos proponemos convencer ó confundir. Podrá parecerles á algunos que los escépticos, incrédulos é indiferentes, pertenecen todos á una misma categoría; y sin embargo no es así: pudiéndose notar con la observacion del mundo, que estas tres clases existen realmente; y aunque todas estén fuera de la Religion distan mucho entre sí; y que se hallan en estado intelectual muy diferente. Esto depende en buena parte de la instruccion, de la educacion, de la índole, y de cien otras circunstancias que modifican ó afectan al espíritu que carece de fe.

Los escépticos son por lo comun hombres de algunas luces, que han meditado sobre materias graves, y que participan de ese vértigo funesto de nuestra época, en que nada se asienta con sólido fundamento, todo vacila, todo se pone en cuestion, de todo se duda. El escepticismo religioso es en muchos como un ramo de un escepticismo universal: son escépticos en religion como lo son en filosofía, en política, y en cuanto pertenece á los humanos conocimientos.

Los incrédulos propiamente tales, es decir, aquellos que no solo no tienen la fe, sino que la rechazan; que no solo dudan si la Religion es verdadera, sino que opinan que es falsa, se distinguen de los escépticos, en que el estado intelectual de los unos es una mera negacion de creencias, cuando el de los otros, es una oposicion formal, una verdadera enemistad en contra de ellas. Los filósofos del siglo pasado eran verdaderos incrédulos; pues no solo no estaban adheridos á la fe, sino que la desechaban con desden, la odiaban, la condenaban, esforzándose en extirparla de los ánimos donde felizmente habia podido conservarse. Algunos sabios de nuestra época carecen de fe, pero esta carencia no es un odio, no una aversion; es una duda que quizás disimulan, y de la cual no pocas veces se lamentan los mismos que la sufren. Perdidos en el océano de la incertidumbre y de la vaguedad, características del espíritu humano, preguntan á la vana ciencia del



hombre lo que ella no puede decirles, esperando de la criatura la enseñanza que solo pudo dimanar del Criador. Pero no dejan algunas veces de reconocer la debilidad de sus teorías, la esterilidad de su saber, la inutilidad de los esfuerzos que hace el orgullo para resolver, con la simple luz de la razón, los grandes problemas del origen y del destino de la humanidad.

Los indiferentes son, propiamente hablando, los escépticos é incrédulos prácticos: son, como lo expresa su mismo nombre, los que se empeñan en engañarse á sí mismos, diciendo que el examinar si la Religión es divina ó no, no es negocio de importancia en que sea menester fijar la atención. Aquí, como se ve, no hay un sistema filosófico, ni siquiera una doctrina, sino una negación absoluta de todo sistema y de toda doctrina. Un necio *qué me importa*, decide las mayores cuestiones, resuelve los mas complicados problemas. Examinada á fondo esta manera de mirar las cosas, puede reducirse á los términos siguientes: «quiero gozar, no quiero remordimientos; aprovecharé los instantes que me restan de vida; cuando suene la hora de mi fin, me echaré con los ojos cerrados á ese abismo, donde ignoro si me espera la nada ó un eterno castigo.»

No nos es posible en la actualidad, por no permitirlo los límites del artículo, mostrar prácticamente cuál es el modo mas á propósito para convencer ó rebatir á las cuatro clases de enemigos arriba enumeradas. Esto lo reservamos para los números siguientes; bien que por de pronto nos permitiremos una observación que nunca deben perder de vista los verdaderos católicos. Personas hay que llevadas de su ardiente celo, y anhelando sacar el alma de sus prójimos de las tinieblas y ceguedad en que la contemplan, provocan con facilidad disputas, ó sobre la Religión en general, ó sobre alguno de sus puntos capitales; esperando de esta suerte, hacer una conquista preciosa y restituir al redil de la Iglesia una oveja extraviada. Aplaudimos sinceramente esa ardiente caridad, que no cabiendo

en el pecho de quien la posee, se desahoga comunicándose al exterior, saliendo á la defensa de la Religión, y procurando atraer á la misma los que tuvieron la desdicha de abandonarla. Sin embargo la prudencia aconseja abstenerse de entrar en indiscretas cuestiones cuando el que se encarga de hacer la apología de la Religión, ó de vindicar alguno de sus altos dogmas, escasea de las luces necesarias para sacar airoso la causa de la verdad. La prudencia dicta tambien, que en no mediando esperanza de conseguir algun resultado ó alguna otra causa legítima, no se entablen discusiones sobre materias de suyo tan delicadas; pues que á menudo puede suceder que sin alcanzar el efecto que se desea, se irroque gravísimo perjuicio á las almas sencillas. Una reflexión especiosa, una capciosidad, un sofisma bien presentado, un hecho mal explicado, penetran á veces como un relámpago en un entendimiento desapercibido, y destruyen de un golpe la fe que se habia recibido en la cuna, y que sin aquella ocasion aciaga, se hubiera tal vez conservado intacta hasta el sepulcro. El verdadero católico debe siempre tener presente que la fe es un don de Dios, que no se la produce en el espíritu de los otros con meros raciocinios, que para un efecto tamaño es menester un prodigio de la gracia; y así no conviene tener excesiva confianza en la fuerza de los argumentos presentados, andando adrede en busca del enemigo. David derribó al gigante Goliath, pero fué obedeciendo la inspiración divina, y despues que el orgulloso filisteo habia insultado repetidas veces los reales del pueblo del Señor.

No ignoramos cuán anchuroso es el campo de la discusión que á todo linaje de materias otorga el espíritu de nuestros tiempos. En los países mas civilizados se escribe sin cesar sobre materias religiosas, se las sujeta á riguroso exámen bajo los mas variados aspectos. Léjos de nosotros el intentar que esta discusión se estreche, y por cierto que no damos el ejemplo de retirar el cuerpo de la lucha; solo hemos querido indicar un abuso tanto mas peligroso, cuanto á él pueden arrojarse la presunción y la



ignorancia impulsadas por un celo indiscreto y á veces falso. La defensa de las verdades de la Religion figura entre las tareas mas santas que proponerse pueda un cristiano; pero la caridad prescribe que se hermane la apología de la fe con las debidas consideraciones á la preservacion de las almas sencillas.

Los sostenedores de la Religion tienen de su parte las ventajas inseparables de una causa de justicia y de verdad; pero los adversarios poseen tambien en alto grado, el talento de adulterar los hechos, de emplear especiosos sofismas, y de cubrir con velos seductores las doctrinas mas peligrosas y repugnantes. En una lucha de 18 siglos, se han amaestrado de una manera muy notable en el manejo de las armas que les son propias; y desgraciadamente encuentran siempre en el hombre una disposicion favorable, un aliado natural, en el orgullo, en el espíritu de novedad, y en la perversidad de nuestras inclinaciones. La fe es ahora, y ha sido en todos tiempos un sacrificio; y un sacrificio es siempre costoso; pero lo es mucho mas en el siglo en que vivimos, cuando son tantos y tan fuertes los incentivos que nos inclinan al escepticismo y á la incredulidad. Esa exageracion de las facultades del espíritu humano, ese prurito de sujetarlo todo á riguroso exámen, esa arraigada costumbre de trastornarlo todo, haciendo que pronuncien sobre las materias mas graves y delicadas jueces mal informados é incompetentes, esa nube de sofismas, de calumnias, de imposturas de todos géneros, con que los enemigos de la Religion se esforzaron y se esfuerzan todavia en abrumarla; ese escepticismo, ese indiferentismo que han cundido de una manera tan lastimosa en la sociedad moderna; ese funesto conjunto, trae consigo un inminente riesgo de extraviar el espíritu del fiel, si no procura fortalecerse con esmero y ahinco contra los repetidos y rudos ataques que á cada instante se halla precisado á sostener. Hubo un tiempo en que bastaba aprender la enseñanza de la Religion; ahora es indispensable poseer á fondo la ciencia que nos demuestra los cimientos en que

se apoya, que nos hace capaces de dar razon de nuestra fe en el tribunal de la filosofía. Este es un hecho cierto, innegable, patente; en vano intentaríamos desconocerle; nuestra ceguera produciria gravísimos daños á la causa de la Religion, dejando de parte de sus enemigos una superioridad que no les podemos permitir. No nos entreguemos á peligrosas novedades, pero si es necesario, defendamos lo antiguo con razones nuevas: la verdad es una, pero los argumentos con que se la puede defender son innumerables; porque emanada del mismo Dios, se enlaza con todo cuanto existe en el cielo y en la tierra; y á mas de la revelacion, á mas de la infalible palabra divina, hallamos en la naturaleza, en la historia, en la filosofía, bien templadas armas para aterrar á los enemigos de la verdad. Los cielos cuentan la gloria de Dios, y las obras de sus manos las anuncia el firmamento; la criatura lleva el sello del Criador; la incredulidad se empeñó en hacerla mentir, pretendiendo que diera testimonio contra la mano que la dió el ser; ella no ha podido ser tan ingrata, no ha podido negarse á sí propia. Interroguémosla nosotros tambien, seguros de que cuanto mas á fondo penetremos sus secretos, descubriremos mas y mas la inefable armonía que enlaza la naturaleza con la gracia, la razon con la fe, la historia de la humanidad con la historia de la Religion, el porvenir del humano linaje con los destinos de la Iglesia católica.

— J. B.

## UN CASTILLO Y UNA CIUDAD.

### I.

— Encumbro hasta las nubes mi frente soberana; mis plantas besan el mar: al rugir la tormenta, miro con desden alzarse las olas embravecidas que se estrellan á mis